

LA POESÍA DE GONZALO ROJAS

Marcelo Coddou

Drew University

«Prisioneros de sus sentimientos, cantaron un solo canto durante toda su vida», ha escrito Karl Vossler a propósito de Holderlin y Leopardi. Afirmación es ésta que puede extenderse plenamente a lo que, hasta ahora, ha escrito Gonzalo Rojas: la estructura fundamental de su obra parece fundarse en una oposición clave, VIDA / MUERTE, en la que cada término - y la oposición misma - conllevan múltiples valencias, pero cuyos sentimientos e intuición poética básicos no varían sino que van afirmándose - haciéndose, así, cabalmente precisos -, en tanto para su expresión el poeta encuentra la palabra más justa.

El objeto del pensamiento poético de Gonzalo Rojas - su «clave visionaria», de abolengo pascaliano -, es el hombre y su destino, el hombre y su *miseria*. Claves temáticas e impulsos del quehacer de su poesía los constituyen: una preocupación agónica por la existencia humana en todas sus direcciones; la angustia, en cifra quevediana, del tiempo; un sentimiento, religioso, del Ser vivido en su aspiración de trascendencia; el ámbito histórico concreto del desenvolvimiento del hombre. Líneas problemáticas que, desde el romanticismo (y no dejemos de anotar que Octavio Paz supo apreciar con lucidez que la herencia a que se acoge Gonzalo Rojas es la romántica), se presentan tanto en la poesía moderna como en el existencialismo filosófico, de los que son sus orientaciones cardinales.

De allí que Gonzalo Rojas no haya sentido que su obra inicial pueda quedar marginada de lo que estima sus logros más significativos, que aparecen, insistentemente, una y otra vez, de volumen a volumen; a veces, con modificaciones importantes (pero, ¿es que no ha dicho Borges, con razón, que «el concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio»?). Por ello el autor *de Del relámpago* aclara: «no hay *Transtierro* en mí si no hay *Oscuro* en la simultaneidad del oleaje: *Contra la muerte* ahí, *La miseria del hombre*».

Precisamente por tratarse de una poesía de extraordinaria coherencia y unidad, es que para su recta lectura se nos exige partir del núcleo que la cohesionan. Y éste es el anhelo de la Totalidad desde la conciencia de la multiplicidad. Es la búsqueda del encuentro de lo Absoluto a partir de la dispersión. El temple de ánimo básico del hablante de los textos de Gonzalo Rojas aparece conformado por el impulso a reestablecer un Fundamento cuya presencia aparece perdida en medio del caos. Tal restauración exige del hablante - y, así, del receptor que oye el texto -, un desplazamiento a los instantes genésicos, el reencuentro con momentos fundacionales. Siendo ése el impulso básico, en la estructura poética van mostrándose los conflictos inherentes a su cumplimiento y van reconstituyéndose los determinantes de sus frustraciones. Es así como el *obrar poético* - y no debe olvidarse que Gonzalo Rojas propicia y practica una «poesía activa» -, se hace instrumento necesario de aprehensión de un sentido, de modo que sus funciones trascienden los niveles meramente reproductivos de la Naturaleza y el Mundo, para alcanzar dimensiones de participación efectiva en el proceso de su conformación. Es lo que debiera reflexionarse como el mejor cumplimiento que la poesía chilena ha dado al «Creacionismo» de Huidobro, apreciado éste en su sentido más profundo y, quizás, menos comprendido.

Al suyo Gonzalo Rojas lo llama «ejercicio ciego pero incesante, larvario, tal vez», y lo ofrece en tres vertientes que, visibles, lo acompañan desde sus inicios: una reflexión poética rigurosa sobre el alcance de lo lírico y su función; una presencia del amor en dimensiones tales que, con razón ha permitido que se hable de «erotismo místico» cuando se la considera con detención; y un apreciar el quehacer del hombre en la historia y la sociedad. Sus dos libros claves, *Oscuro* y *Del relámpago*, aparecerán, así, subdivididos en tres secciones cada uno, de acuerdo con esas orientaciones temáticas; en el libro caraqueño de 1977 ellas son: «Entre el sentido y el sonido», «Que se ama cuando se ama» y «Los días van tan rápidos» en el volumen mexicano de 1981 : «Para órgano», «Las hermosas» y «Torreón del renegado».

Pero cualquier intento de comprenderlos reducidos a compartimentos estancos resultará inválido. El lector debe atender a la compleja relación, siempre tensa, entre esas tres facetas sólo aparentemente diversas de la poesía de Gonzalo Rojas. Tanto es así, que los poemas pueden desplazarse, de libro a libro, entre una y otra sección, «conforme a un proyecto de vasos comunicantes», pues se les distribuye «en la urdimbre de un todo necesario». Ha de entenderse cada unidad como suma contrastada de las diversas preocupaciones y expresiones (en lo que éstas significan de *exploración verbal* en el ámbito de aquellas), presentes en Gonzalo Rojas. Y debido al mismo sentido de unidad profunda es que cada uno de sus libros tampoco

constituye un mundo cerrado, aparte, sin relación. Representan, por el contrario, y lo repetimos, núcleos de un universo que se ha ido moviendo, sin solución de continuidad, en un solo devenir constante.

Creo que resulta apropiado sostener que la obra de Gonzalo Rojas ofrece como dominante una dimensión *metafísica*, en la medida en que en ella hay un número significativo de temas problemáticos que sobrepasan el horizonte exclusivamente empírico de la realidad. Reconocido ello -que el cuestionamiento sobre el Ser y la existencia forma el centro medular de su inquirir poético -, no podemos dejar de advertir la preocupación por esa zona constitutiva de la existencia que es el ámbito histórico en que se desenvuelve el hombre, ámbito al que el poeta atiende con hondura y constancia, entregándonos de él una visión las más de las veces desgarrada y otras fortalecida en la confianza de su final redención. La actitud básica que frente a la sociedad asume el sujeto lírico de la poesía de Gonzalo Rojas podría calificarse, adecuadamente, de *testimonial*: se va dejando constancia tanto de las fracturas que constituyen el drama del vivir concreto del hombre - parte de su *miseria* -, como de sus inagotables decisiones por superarlas.

José Olivio Jiménez - estudioso que con penetración ha sabido leer al autor de *Oscuro* -, se ha referido al «poeta crítico moral, denunciativo hasta el dolor o el sarcasmo y comprometido sin consignas con las causas más justas del hombre», presente en la obra de Rojas. En efecto: nadie más lejos que él de ese entusiasmo calculador de la *pasión cabalista*, como llamaba Fourier (y recuerda Octavio Paz), a ese amor por el poder que nos lleva a formar camarillas y bandos. Será desde esa posición de total libertad, mantenida a todo costo, muchas veces doloroso, que Gonzalo Rojas escriba poemas decisivos en la «literatura política» de nuestra América: «Reversible», «Desde abajo», «Pericoloso», «Cifrado en octubre», «El helicóptero», «Liberación de Galo Gómez», «Octubre ocho», son algunos de los títulos con los que se adhiere a lo más inmediato, a un *aquí* y a un *ahora*, de circunstancia concreta, no difícil de identificar para el que quiera textos en que el poeta asume su responsabilidad ante las exigencias de las convulsiones de la sociedad. En nada los desmerece -por el contrario -, que apunten ellos a un designio de delatar la auténtica situación del hombre. Sin ilusionar a su lector - al no conducirlo a ningún tipo de evasión -, quieren ser - son -, un modo de tomar conciencia desnuda, agónica, del ser del hombre. Poesía mediadora entre el mundo y la conciencia, instrumento por el cual expresar - objetivar - una experiencia. Mas respondiendo siempre a las exigencias que al poema le son propias, reclamando respeto por su naturaleza intrínseca. Diríamos: una búsqueda de la mayor proximidad posible entre el signo y el referente significado, entre la palabra y la realidad vivida.

Poesía visionaria la de Gonzalo Rojas: lo mueve una voluntad de representación, de transmitir imágenes. Su impulso icónico condice con una concepción central suya, la de *lapoesía activa*, donde la literatura no se agota en sí misma y, por el contrario, constituye vehículo comunicante, modo de plasmación que remite a instancias que están más allá del texto. Atiende, y esto es ostensible, a lo verbal intrínseco, pero con repudio a cualquier formalismo gratuito. La poesía de Gonzalo Rojas va hacia realidades y evidencias - tuyas u objetivas -, de las que ella es signo que alcanza significación en la medida de su fidelidad a lo que significa. De las instancias complejas de la totalidad de lo real, esta poesía quiere transmitir un *conocimiento*, y lo hace sin prescindir de su subjetividad: por lo menos un movimiento vibrátil emotivo está siempre presente en ella. El desgarramiento mismo con que frecuentemente el poeta integra sus visiones, parecen serle garantía de la autenticidad buscada. Raro es el texto con predominio de la neutralidad abstracta o de encadenamientos puramente lógicos, de distanciamiento analítico. Las formalizaciones (fundamentalmente las rítmico-sonoras, pero también las sintácticas) juegan una función que tienden a hacer de sus mensajes una comunicación «poética».

En el entender de Gonzalo Rojas el fenómeno de la comunicación literaria - el de las relaciones entre la obra y el lector -, rechaza las polaridades extremas con que se le ha pretendido concebir a través de la historia y de la crítica literarias. Lejos de aceptar la «gratuidad» absoluta y el hermetismo rebuscado del arte - esa postura autotélica que, fundada en el principio de la inmanencia, confiere a la literatura como única finalidad la de su presencia autosuficiente -, rechaza también cualquier didactismo estrecho que pretenda ver al arte como enseñanza imperativa de los sectores de la realidad que acota. No concibe una literatura aislada del mundo y de las relaciones humanas que lo constituyen, pero tampoco postula que contenga *la* verdad absoluta y definitoria de la realidad. Si bien propicia una poesía que sea conducta - «siempre quise, más que escribir, *vivir* como poeta» -, y si también es cierto que no rehuye, como hemos dicho, el ámbito político ni ninguno otro de la realidad infinita y que, por ende, no acepta la mutilación temática - «justo porque el poeta de veras es él y más que él: uno y todos los mortales» -, también lo es que no quiere confundir poetizar con politizar: «eso sería servidumbre - ha dicho - y alejaría del misterio».

Y la presencia del misterio en ninguna esfera se le revela mayor que en la erótica, a la que tan consustancial le es un impulso místico, entendido éste como tendencia hacia la unión con un Orden trascendental. En el libro primigenio, *La miseria del hombre*, de 1948, Alfredo Lefebvre ya podía determinar, como elementos claves del estrato de las ideas dentro de su

estructura, el «sentimiento patético del desquiciamiento de la unidad de hombre» y la «sensualidad erótica» como sucedáneos de las formas de la muerte. En toda la poesía de Rojas nos encontramos con un hablante que siente el asedio implacable de las contingencias, modalidades diversas que para él asume el acabamiento inexorable. Insistentemente también hay referencias al *aprendizaje de la palabra* como un juego en el cual se le revela «lo oscuro y germinante, el largo parentesco entre las cosas», proposiciones que se entienden rectamente a la luz de la señalización de Octavio Paz de que «la verdadera religión de la poesía moderna reside en la analogía». Tal creencia en la analogía universal - ha establecido también Paz -, está teñida de erotismo: «los cuerpos y las almas - escribe en *Los hijos del limo* - se unen y se separan regidos por las mismas leyes de atracción y repulsión que gobiernan las conjunciones y disyunciones de los astros y sustancias materiales». En Gonzalo Rojas lo confuso de la heterogeneidad y pluralidad del mundo se vuelve inteligible, precisamente, por la analogía que, sin suprimir las diferencias, las redime, haciendo tolerable su existencia. En esta poesía la angustiante alteridad sólo es enfrentable desde las posibilidades de aproximación erótica, traducida en el recurso poético de la analogía, en cuanto ésta le permite al hablante concebir el mundo como *ritmo*, en donde todo se corresponde porque ritma y rima. «En lo que he escrito- afirma Gonzalo Rojas -, he tratado de ver el parentesco que existe entre la variedad infinita de las cosas. Mi poesía ha sido una ardua lucha por capturar ese parentesco en una palabra que fuera viva y que contuviera la suma integral de lo que suena y resuena: todo ello desde el ritmo mismo de las cosas, de su más íntima interioridad».

Lo que se le ofrece como espectáculo regido por el azar y el capricho, quiere ser aprehendido en repeticiones y conjunciones. Procura asentarse así en la idea de la correspondencia universal, acceder al seno de la Unidad, intento cumplido, sin embargo, desde la visión irónica que implica, como contrapartida, la lucidez frente al deshacimiento y la ruptura permanentes. En otra declaración suya encontramos lo que su poesía nos da como imagen: «... el hombre está todavía tan descuartizado y fragmentario, y aún anda en el caos: ese caos de los cuarenta sentidos sueltos: pululación de ojos y de manos, de orejas y narices, hasta ahora no amarrados en el cosmos orgánico, pleno y flexible».

Son muchos los textos del autor en los cuales el motivo básico es el amor en su dimensión erótico-sensual, pero que culminan, en definitiva, en un apostrofe a la divinidad que, en la poesía de Gonzalo Rojas, asume la presencia del que es potente como para «amarrar en el cosmos orgánico». La sensualidad dominante expresa ese anhelo que acompaña a la búsqueda de

una armonía natural - nuevamente: «cósmica» -, donde la mujer está unida a la infancia y a la tierra y donde el sexo omnipresente es el gran fecundador universal, nunca mero encuentro de dos cuerpos solitarios, unidos momentáneamente en un esfuerzo individual.

Por ello, si le preguntan a Gonzalo Rojas si la suya es «poesía del amor», él dirá: «Sí: poesía del amor, del *inferno alparadiso*. Del loco, loco amor, en la línea de Catulo o del Arcipreste, de Rilke o de Breton. Pensamiento erótico que hay que entenderlo en lo que es. Pobre cuerpo: inocente animal tan calumniado. Tratar de bestiales sus impulsos, cuando la bestialidad es cosa del espíritu».

Al igual como acontece en las preocupaciones de los poetas surrealistas, el amor-pasión ocupa en la obra de Gonzalo Rojas lugar privilegiado: espera de ese enigma la gran revelación; lo aprecia fruto de la síntesis suprema de lo objetivo y lo subjetivo, instancia donde pueden recobrase todos los prestigios del Universo. Su poesía magnifica al ser amado, deifica la mujer, convertida muchas veces en el término de la procesión mística, capaz de tomar el lugar de lo Absoluto y, así, del Fundamento.

La búsqueda del Fundamento - que José Promis ha destacado como rasgo de los escritores de la generación chilena de 1942, a la que Gonzalo Rojas pertenece -, es característica de nuestra época. Según propone Paz: «nuestro tiempo es el de la búsqueda del fundamento, o, como decía Hegel, el de la conciencia de la escisión».

Las oposiciones *escisión/unión* se resuelven, en Gonzalo Rojas, en la experiencia que se obtiene a través del amor y de la poesía. Poesía y amor que son una *religión* que pueden reintegrar al hombre a la energía original de la cual se siente escindido. Lo que el propio Gonzalo Rojas dijera sobre *Transtierro* vale, en verdad, para toda su obra: «aspira a mostrar, y sólo a mostrar, la muerte-vida como búsqueda del origen». Léanse sus textos con esta advertencia presente y podrá apreciárselos de un modo efectivo.

* * * *

OSCURIDAD HERMOSA

Anoche te he tocado y te he sentido
sin que mi mano huyera más allá de mi mano,
sin que mi cuerpo huyera, ni mi oído:
de un modo casi humano

te he sentido.

Palpitante,
no sé si como sangre o como nube
errante,
por mi casa, en puntillas, oscuridad que sube,
oscuridad que baja, corriste, centelleante.

Corriste por mi casa de madera,
sus ventanas abriste
y te sentí latir la noche entera,
hija de los abismos, silenciosa,
guerrera, tan terrible, tan hermosa
que todo cuanto existe,
para mí, sin tu llama, no existiera.

UNA VEZ EL AZAR SE LLAMO JORGE CÁCERES

*A la llegada de los pájaros ellas son victimas
del sol, ese sol que tú respetas, sol de la costa.*

J.C.

Una vez el azar se llamó Jorge Cáceres
y erró veinticinco años por la tierra,
tuvo dos ojos lúcidos y una oscura mirada,
y dos veloces pies, y una sabiduría,
pero anduvo tan lejos, tan libremente lejos
que nadie vio su rostro.

Pudo ser un volcán, pero fue Jorge Cáceres esta
médula viva,
esta prisa, esta gracia, esta llama preciosa,
este animal purísimo que corrió por sus venas cortos días, que
entraron y salieron de golpe desde su corazón, al llegar al oasis de
la asfixia.

Ahora está en la luz y en la velocidad
y su alma es una mosca que zumba en las orejas

de los recién nacidos:

- ¿Por qué lloráis? Vivid.
Respirad vuestro oxígeno.

AL SILENCIO

Oh voz, única voz: todo el hueco del mar,
todo el hueco del mar no bastaría,
todo el hueco del cielo,
toda la cavidad de la hermosura
no bastaría para contenerte,
y aunque el hombre callara y este mundo se hundiera
oh majestad, tú nunca,
tú nunca cesarías de estar en todas partes,
porque te sobra el tiempo y el ser, única voz,
porque estás y no estás, y casi eres mi Dios,
y casi eres mi padre cuando estoy más oscuro.

ESCRITO CON L

Mucha lectura envejece la imaginación
del ojo, suelta todas las abejas pero mata el zumbido
de lo invisible, corre, crece
tentacular, se arrastra, sube al vacío
del vacío, en nombre
del conocimiento, pulpo
de tinta, paraliza la figura del sol
que hay en nosotros, nos
viciosamente mancha.

Mucha lectura entristece, mucha envilece
apestamos
a viejos, los griegos
eran los jóvenes, somos nosotros los turbios como si los papiros
dijeran algo distinto al ángel del aire: somos nosotros los
soberbios, ellos eran inocentes, nosotros los del mosquerío, ellos
eran los sabios.

Mucha lectura envejece la imaginación

del ojo, suelta todas las abejas pero mata el zumbido
de lo invisible, acaba
no tanto con la L de la famosa lucidez
sino con esa otra L
de la libertad,
de la locura
que ilumina lo hondo
de lo lúgubre
del laberinto,
 lambda
 loca
 luciérnaga
antes del fósforo, mucho antes del
latido del Logos.

a Juan Liscano

¿QUÉ SE AMA CUANDO SE AMA?

¿Qué se ama cuando se ama, mi Dios: la luz terrible de la vida o la luz de la muerte? ¿Qué se busca, qué se halla, qué es eso: amor? ¿Quién es? ¿La mujer con su hondura, sus rosas,

[sus volcanes,

o este sol colorado que es mi sangre furiosa
cuando entre en ella hasta las últimas raíces?

¿O todo es un gran juego, Dios mío, y no hay mujer ni hay hombre sino un solo cuerpo: el tuyo,
repartido en estrellas de hermosura, en partículas fugaces de eternidad visible?

Me muero en esto, oh Dios, en esta guerra de ir y venir entre ellas por las calles, de no poder amar trescientas a la vez, porque estoy condenado siempre a una, a esa una, a esa única que me diste en el viejo paraíso.

CONTRA LA MUERTE

Me arranco las visiones y me arranco los ojos cada día que pasa.
No quiero ver ¡no puedo! ver morir a los hombres cada día.
Prefiero ser de piedra, estar oscuro,
a soportar el asco de ablandarme por dentro y sonreír
a diestra y a siniestra con tal de prosperar en mi negocio.

No tengo otro negocio que estar aquí diciendo la verdad
en mitad de la calle y hacia todos los vientos:
la verdad de estar vivo, únicamente vivo,
con los pies en la tierra y el esqueleto libre en este mundo.

¿Qué sacamos con eso de saltar hasta el sol con nuestras máquinas
a la velocidad del pensamiento, demonios: qué sacamos
con volar más allá del infinito
si seguimos muriendo sin esperanza alguna de vivir
fuera del tiempo oscuro?

Dios no me sirve. Nadie me sirve para nada.
Pero respiro, y como, y hasta duermo
pensando que me faltan unos diez o veinte años para irme
de bruces, como todos, a dormir en dos metros de cemento, allá abajo.

No lloro, no me lloro. Todo ha de ser así como ha de ser, pero no puedo ver
cajones y cajones pasar, pasar, pasar, pasar cada minuto llenos de algo,
reellenos de algo, no puedo ver todavía caliente la sangre en los cajones.

Toco esta rosa, beso sus pétalos, adoro
la vida, no me canso de amar a las mujeres: me alimento
de abrir el mundo en ellas. Pero todo es inútil, porque
yo mismo soy una cabeza inútil lista para cortar, por no
entender qué es eso de esperar otro mundo de este
mundo.

Me hablan del Dios o me hablan de la Historia. Me río
de ir a buscar tan lejos la explicación del hambre
que me devora, el hambre de vivir como el sol
en la gracia del aire, eternamente.

CARBÓN

Veo un río veloz brillar como un cuchillo, partir
mi Lebu en dos mitades de fragancia, lo escucho,
lo huelo, lo acaricio, lo recorro en un beso de niño como entonces,
cuando el viento y la lluvia me mecían, lo siento
como una arteria más entre mis sienes y mi almohada.

Es él. Está lloviendo.

Es él. Mi padre viene mojado. Es un olor
a caballo mojado. Es Juan Antonio
Rojas sobre un caballo atravesando un río.
No hay novedad. La noche torrencial se derrumba
como mina inundada, y un rayo la estremece.

Madre, ya va a llegar: abramos el portón, dame esa
luz, yo quiero recibirlo
antes que mis hermanos. Déjame que le lleve un buen vaso de vino para que
se reponga, y me estreche en un beso, y me clave las púas de su barba.

Ahí viene el hombre, ahí viene embarrado, enrabiado contra
la desventura, furioso contra la explotación, muerto de
hambre, allí viene debajo de su poncho de Castilla

Ah, minero inmortal, ésta es tu casa
de roble, que tú mismo contruiste. Adelante:
te he venido a esperar, yo soy el séptimo
de tus hijos. No importa
que hayan pasado tantas estrellas por el cielo de estos años, que hayamos
enterrado a tu mujer en un terrible agosto, porque tú y ella estáis
multiplicados. No importa que la noche nos haya sido negra por igual a los
dos.

- Pasa, no estés ahí
mirándome, sin verme, debajo de la lluvia.

LOS DÍAS VAN TAN RÁPIDOS

Venimos de la noche y hacia la noche vamos.

V. G.

Los días van tan rápidos en la corriente oscura que toda salvación se me reduce apenas a respirar profundo para que el aire dure en mis

[pulmones

una semana más, los días van tan rápidos
al invisible océano que ya no tengo sangre donde nadar seguro
y me voy convirtiendo en un pescado más, con mis espinas.

Vuelvo a mi origen, voy hacia mi origen, no me espera nadie
allá, voy corriendo a la materna hondura donde termina el
hueso, me voy a mi semilla, porque está escrito que esto se
cumpla en las estrellas y en el pobre gusano que soy, con mis
semanas y los meses gozosos que espero todavía.

Uno está aquí y no sabe que ya no está, dan ganas de reírse de
haber entrado en este juego delirante, pero el espejo cruel te lo
descifra un día y palideces y haces como que no lo crees,
como que no lo escuchas, mi hermano, y es tu propio sollozo allá en el

[fondo.

Si eres mujer te pones la máscara más bella para
engañarte, si eres varón pones más duro el
esqueleto, pero por dentro es otra cosa,
y no hay nada, no hay nadie, sino tú mismo en esto: así es que
lo mejor es ver claro el peligro.

Estemos preparados. Quedémonos desnudos con lo que
somos, pero quememos, no pudramos lo que somos.
Ardamos. Respiremos sin miedo. Despertemos a la gran
realidad de estar naciendo ahora, y en la última hora.

*A Vicente Gerbasi en Venezuela, en Chile,
antes, después.*

CELIA

1. Y nada de lágrimas; esta mujer que cierran hoy en su transparencia; ésta que guardan en la litera ciega del muro de cemento, como loca encadenada al catre cruel en el dormitorio sin aire, sin barquero ni barca, entre desconocidos sin rostro, ésta es únicamente la Única que nos tuvo a todos en el cielo de su preñez.

*Alabado
sea su vientre.*

2. Y nada, nada más; que me parió y me hizo hombre, al séptimo parto de su figura de marfil y de fuego, en el rigor de la pobreza y la tristeza, y supo oír en el silencio de mi niñez el signo, el Signo sigiloso sin decirme nunca nada.

*Alabado sea su
parto.*

3. Que otros vayan por mí ahora que no puedo, a ponerte ahí los claveles colorados de los Rojas míos, tuyos, hoy trece doloroso de tu martirio, los

de mi casta que nacen al alba
y renacen; que vayan a ese muro por nosotros, por Rodrigo Tomás, por
Gonzalo hijo, por Alonso; que vayan o no, si prefieren,
o que oscura te dejen

sola,

sola con la ceniza

de tu belleza que es tu
resurrección, Celia Pizarro,

hija, nieta de Pizarros y
Pizarros muertos, Madre;

y vengas tú

al exilio con nosotros, a morar como antes en la gracia de la fascinación
recíproca.

Alabado sea tu

nombre para siempre.

REQUIEM DE LA MARIPOSA

Sucio fue el día de la mariposa muerta.

Acerquémonos a besar la
hermosura reventada y sagrada de sus pétalos que iban volando libres, y esto
es decirlo todo, cuando
sopló la Arruga, y nada
sino ese precipicio que de golpe,
y únicamente nada.

Guárdela el pavimento salobre si la puede
guardar, entre el aceite y el aullido de la rueda
mortal.

O esto es un juego que se parece
a otro cuando nos echan tierra. Porque también la
Arruga . . .

O no la guarde nadie. O no nos guarde larva, y
salgamos dónde por último del miedo: a ver qué pasa,
hermosa.

Tú que aún duermes ahí en el
lujo de tanta belleza, dínos cómo o, por lo menos, cuándo.

A VECES PIENSO QUIÉN

A veces pienso quién, quién estará viviendo ronco mi juventud con sus mismas espinas, liviano y vagabundo, nadando en el oleaje de las calles horribles, sin un cobre, remoto, y más flexible: con tres noches radiantes en las sienes y el olor de la hermosa todavía en el tacto.

Dónde andará, qué tablas le tocará dormir a su coraje, qué sopa devorar, cuál será su secreto
para tener veinte años y cortar en sus llamas las páginas violentas. Porque el endemoniado repetirá también el mismo error y de él aprenderá, si se cumple en su mano la escritura.

FOSA CON PAUL CELAN

A todo esto veo a nadie, pulso el peso
de nadie, oigo pardamente
a nadie la respiración y es nadie
el que me habita, el que cabeza cortada piensa por
mí, cabeza aullada,
meo
por Rimbaud contra el cielo sin heliotropos ni
consentimiento,
de estrellas que
envejecen está hecho el cielo, noche a noche
el cielo, de hilo hilarante cuya costura
pudiera ser a medio volar la serpiente,
nadie el traje, el
hueso de la adivinación nadie,
me aparto
a mi tabla de irme, salvación
para qué con todo el frío
parado en la galaxia que hace aquí, ciego
relámpago por rey; debiera uno,

si es que debiera uno, llorar.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La miseria del hombre. Valparaíso, Imprenta Roma, 1948.

Contra la muerte. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1964. Segunda edición: La Habana, Casa de las Americas, 1966.

Oscuro. Caracas/Venezuela, Monte Avila Editores, 1977.

Transtierro. Madrid, Nos Queda la Palabra, 1979.

Del relámpago. México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1981. (*Colección Tierra Firme*).

50 poemas. Santiago de Chile, Ediciones Ganymedes, 1982.